

del glosador, para quien (como para el «misionero nato» de nuestros días) la discusión parece haber sido simplemente una lucha. Cuando la filosofía comenzó a despertar de su larga modorra, y antes de verse completamente dominada por la teología, parece haber sido costumbre el que cada profesor se apoderase de una posición filosófica que encontraba vacía y le parecía fuerte, para, en ella atrincherado, salir de vez en cuando a presentar batalla a los demás. De modo que, aun con las escasas muestras que poseemos de aquellas disputas, nos es posible descubrir más de una docena de opiniones simultáneamente mantenidas por los diferentes maestros en cuanto a la cuestión del nominalismo y el realismo. Leed la parte preliminar de la *Historia Calamitatum* de Abelardo, que fue, sin duda, tan filosófico como cualquiera de sus contemporáneos, y ved el espíritu de combate que allí se respira. Para él la verdad es tan sólo su fortaleza particular.

Cuando el método de autoridad prevalecía, la verdad significaba aproximadamente la fe católica. Todos los esfuerzos de los doctores escolásticos se dirigen a armonizar su fe en Aristóteles y su fe en la Iglesia, y podemos recorrer sus pesados folios sin hallar un argumento que vaya algo más adelante. Es notable el que, donde florecen tantas diversas creencias, los renegados sean mirados con desprecio, incluso por el partido cuya fe han abrazado; hasta tal punto había la idea de lealtad reemplazado a la de amor a la verdad.

A partir de Descartes, el defecto en el concepto de verdad ha sido menos aparente. Sin embargo, a veces chocará al espíritu científico el que los filósofos se hayan preocupado menos de hallar la naturaleza de los hechos que de inquirir qué creencia armoniza mejor con su sistema. Es difícil convencer a un seguidor del método apriorístico presentándole hechos; pero mostradle que una opinión por él defendida es incompatible con lo que ha dicho en otro lugar, y le veréis muy dispuesto a retractarse. Tales espíritus no parecen creer que la disputa esté llamada a un término; por el contrario, se diría que piensan que la opinión natural para un hombre no lo es para otro, y que la certeza no será, por tanto, nunca alcanzada. Al contentarse con fijar sus opiniones mediante un método que llevaría a los demás a un resultado diferente, delatan su escaso

entendimiento del concepto de lo que es la verdad.

Por otro lado, todos los seguidores de la ciencia están animados por la gozosa esperanza de que los procesos de investigación, si se les hace avanzar lo suficiente, darán una cierta solución de todas las cuestiones a las que se aplican. Alguien puede investigar la velocidad de la luz por el estudio de los pasos de Venus y la desviación de las estrellas; otro lo hará por las oposiciones de Marte y los eclipses de los satélites de Júpiter; un tercero, por el método de Fizeau; un cuarto, por el de Foucault; un quinto, por los movimientos de las curvas de Lissajoux; y un sexto, séptimo, octavo y noveno pueden seguir los diferentes métodos de comparación de las medidas de la electricidad estática y dinámica. Al principio, podrán obtener resultados diferentes; pero, a medida que cada uno perfecciona su método y sus procedimientos, se hallará que los resultados caminan lentamente a reunirse en un centro determinado. Tal ocurre con toda investigación científica. Espíritus diferentes pueden comenzar con las opiniones más antagónicas; pero el progreso de la investigación les lleva, por una fuerza exterior a ellos mismos, a una misma conclusión. Esta actividad del pensamiento por la que somos conducidos, no a donde deseamos, sino a una meta prefijada, es como la obra del destino. Ninguna modificación del punto de vista adoptado; ninguna selección de diferentes datos para el estudio; ni siquiera una natural inclinación del ánimo, capacitan a un hombre para escapar a la opinión predestinada. Tal es la gran esperanza contenida en el concepto de verdad y realidad. La opinión destinada a ser, en última instancia, adoptada por todos los que investigan, es lo que calificamos de verdad; y el objeto representado en esta opinión es lo real. Tal es el modo en que yo explicaría la realidad.

Pero puede decirse que esta opinión se opone directamente a la definición abstracta que hemos dado de la realidad, en cuanto hace a los caracteres de lo real depender de lo que, en última instancia, se piensa sobre ellos. La respuesta a esto es que, por una parte, la realidad es independiente, no necesariamente del pensamiento en general, sino tan sólo de lo que usted, o yo, o cualquier número finito de personas pueden pensar sobre ella; y que, por otra, aun-